

Sady Zañartu.

LA INTUICION SOCIAL DEL MINERO

ESTRELLA SOTERRADA

ES en el minero donde se encuentra, por primera vez, vigorizada hacia un perfeccionamiento de masas la conciencia del grupo social a que pertenece.

El desierto traía ya una sombra de tragedia colectiva desde el primer asalto a las minas de Chañarcillo, en 1851, en que se incitó a la rebelión a la peonada de apires y barreteros para apoderarse de sus establecimientos beneficiadores. Después formaban en las tropas que Pedro León Gallo llevó triunfante hasta la Quebrada de los Loros, con el grito de *¡Viva la libertad!* Era la lucha inicial contra una tradición de gobierno que cubría con el ropaje pintoresco del folklore la ignorancia, el afecto o el terror hereditario a un patrón que los explotaba evocando, en el inquilinaje, las trágicas encomiendas de trescientos años de colonia.

Hombre del norte abrió su puño fiero con la culpa claveteada de cobre, oro y plata. Era generoso porque la había sacado de la entraña de la tierra con el combo y la imaginación. El cerro desnudo al entregarle el panizo ansiado anticipaba el advenimiento democrático dándole el mensaje directo de sus fuerzas ocultas para plasmar una realidad nueva. Aquel grito de

justicia venía de los boquerones que la barreta había abierto, de las tinieblas de los planes subía en los capachos con el gemido de los apires o en el grito de muerte de las inundaciones o atierros. La mina era la estrella soterrada en la noche mineral.

NÚMENES PRISIONEROS

El ideal que se extiende sobre los llampos de las sierras estrecha a los hombres en comunidad inmediata para ponerlos en posesión del patrimonio mineralógico. La autonomía política es sólo un instrumento de acción para la personalidad colectiva de la patria; pero la personalidad del minero requiere la autonomía espiritual que se traduce en normas que convengan a su capacidad de perseguidor de alcances. La imaginación puede extraviarlo. Y al fin así sucede. La miopía popular, cuando se encuentra ante hombres que sólo ven lo lejano, le embala con el acartonado clisé de la locura y lo deja caminar.

El broceo de Chañarcillo lo incitó a correr tierras. El desierto iba a ser el teatro de sus aventuras. Ya no le cautivaban las sierras copiapinas cubiertas de retamos con raíces de plata. Había metido su brazo en disputa en los criaderos o placeres de oro de California. Si volvió vencido de aquella babel de hombres, en cambio, su personalidad se proyectaba en toda la América por ser la más típica y temeraria, «ganando en los placeres y perdiendo fortuna al juego, siempre pronto a dirimir sus querellas o a vengarse de sus enemigos a puñaladas» (1). Había fundado Chilecitos desde la Patagonia hasta Bolivia, recorrido el litoral de sur a norte descubriendo aguadas entre las rocas cercanas al mar y covaderas vírgenes. Su única prenda importada era el aludo sombrero californiano que fuera su

(1) Charles de Varigny «Orígenes de San Francisco de California».

símbolo de jefe en las expediciones de reconocimiento. El avance hacia el interior de Antofagasta colmó de regocijo todas sus ansias de riqueza, descubriendo el salitre. Mas tarde es la guerra, la conquista de la pampa del Tamarugal, los inventos innovadores en el beneficio y su inquietud industrial en ascensión al altiplano. No puede haber visión más gigantesca que la suya en el proceso espontáneo de crecimiento, animado por el aliento creador de los dioses nativos. La realidad quedó llena de númenes prisioneros, ¿Quién podía libertarlos y darles voz?

Paisajes y hombres del desierto todavía esperan a sus redentores.

COMUNISMO NATIVO

La única conquista social de esos hombres desnudos, ante la riqueza fantástica del cerro, fué la cangalla. El minero la interpretó como una expresión generosa de la tierra, dándole una forma de casual hallazgo al beneficio que la mina participaba a su poseedor. No le otorgó el derecho de propiedad que la tradición y las leyes consagraron a las otras industrias. Su teoría fundábase en que el metal lo daba el cerro y que este pertenecía en común al que fuese capaz de extraerlo de su entraña. Así, de la fortuna obtenida por la suerte, a él le correspondía el rescate o cangalla que más tarde las leyes permitieron en el código convencional de los asientos mineros, considerando esa parte mínima del rico montón de la cancha, sacado a pulso del fondo de la labor, no robo sino contrabando.

Pero, el cangallero, para apoderarse del metal ajeno, tenía sus principios de moral por los que reconocía la astucia como medio legítimo. Cualquier otro recurso era degradante y sólo lo usaba la plebe de esta casta; mientras mayores obstáculos se oponían al rescate la adquisición le parecía más justa.

El arte del robo llegaba a aberraciones inauditas para ocultar las piedras de oro, a salvo, en la entraña del cuerpo desnudo, de la vigilancia de mayordomos y canchamineros.

Los pueblos del interior de la pampa, las placillas de los asientos mineros, prosperaban con el acopio de los metales procedentes del rescate comunista. Las casas compradoras se ponían en contacto con las peonadas, estimulándolas a recoger la mayor cantidad de metal, afirmando no sólo la legalidad sino la santidad del robo. Sucedió que los obreros que afluían a esos pueblecillos del desierto eran atraídos, más que por el buen salario, por la facilidad que encontraban para adquirir las codiciadas piñas. Se robaba en el interior de las minas, en las canchas, en los almacenes, en las carretas y piaras metaleras.

Las mujeres eran las que más contribuían a la extracción de las piedras, escudadas en su sexo, por lo que vino una medida interna de excluirlas de los asientos mineros. Jotabeche, en un artículo titulado *Cosas Notables*, satirizó esta población de hombres sólo que quedó en Chañarcillo.

«Dichos los adioses y dados los abrazos entre las esposas o amantes que se iban y los inocentes cangalleros que se quedaban, aquello mudó de aspecto. Ya no se robaba metales como antes, sino como ahora, que es más que ayer y menos que mañana. No se robaba para darle a una buena moza, sino para comprar aguardiente a los contrabandistas o para cubrir con oro a la traidora sota. Si una mina está rica, su dueño tiene que sostener en la faena un piquete de fuerza armada para espantar los ladrones que hormiguan como los pájaros de una viña que se ha atrasado en la cosecha. Todo se remedió con expulsar a las mujeres de Chañarcillo y con declararlas allí un artículo de contrabando. Por lo demás aquello es un portento social. Hombres barriendo, hombres lavando, hombres

espumando la olla, hombres haciendo la cama, hombres friendo empanadas, hombres bailando con hombres, hombres cantando la *extranjera* y hombres por todo y para todo: es una colonia de maricones, un cuerpo sin alma, un monstruo cuya vista rechaza y que no es la cosa menos notable de nuestro Chile.»

Las mujeres, arrojadas por cangalleras del asiento minero, no se conformaron con el despojo sentimental y material de que eran víctimas, y, no lejos del laboreo, se instalaron como fundadoras de una *placilla* que más tarde se transformó en pueblo. Allí era donde los mineros iban a solazarse de noche.

«El juego, el amor, el ponche y todos los vicios le hacen consumir en una hora el producto de su trabajo, y el valor de las piedras ricas que en conciencia se ven obligados a quitarle al patrón para que no gane tanto, trabajando tanto menos que ellos. La *Placilla* es una Babel, la confusión, no de lenguas, sino de todas las fortunas de Chañarillo. Hallándose, dentro de su circuito, abolido aquello de *mío* y *tuyo*, los mineros venden los metales que les han tocado en la quiebra del día, con la misma franqueza que el dueño de la mina remite a la máquina de Fragueiro y Codecido lo que ha podido salvar del hurto (1).

Estas poblaciones se multiplicaron en todo el norte chileno, cambiaron los metales de la cangalla, pero su esencia fué la misma: Juan Godoy en Copiapó, Pueblo Hundido en Chañaral, Punta de Rieles y Pampa Unión en Antofagasta, Pozo Almonte en Iquique, son lechos donde una humanidad exasperada buscó la blandura común del amor y de la orgía. De su pasado quedó flotando el desencanto de la justicia y su porvenir es una ansia confusa de hospedar al forastero de cualquiera nación del mundo. Sus calles imprecisas cuelgan junto a la huella blanca de la arena hoteluchos

(1) José Joaquín Vallejos, (Jotabeche).

chinos, fondines de contrabandos, baratillos de sirios, casas de faroles rojos, garitos y tabernas, para que la población pampina de todas las oficinas y asientos de mineros arroje el dinero de la fatiga, compre alcohol y amor, se unte de la sustancia comunista que una tradición antiquísima mantiene.

Ha desaparecido la cangalla con el broceo del metal fino. El salitre y el cobre por su abundancia están desvalorizados para el rescate en pequeña escala. Pero queda el alcohol, los pisqueros contrabandistas de Potrerillos y Chuquicamata, burladores de leyes secas importadas por los yanquis, que prohijan la borrache-
ra clandestina, la más terrible de todas.

La cangalla ha perdido ya todo su sentido social chilénísimo y es explotada con sarcasmo por el «gringo», convertido en patrón, que la aplica para burlar el impuesto que el patrimonio nacional exige. Su mentalidad europea está por encima de los «nativos» y la cangalla del oro se va al extranjero fundida en los lingotes de cobre.

CONCIENCIA LITERARIA

Es José Joaquín Vallejos (Jotabeche) quién, al interpretar el escenario de los mineros de Atacama, prepara la atmósfera necesaria al florecimiento de chilenidad en la literatura. La vida de las minas, su paisaje, sus tipos, sus costumbres, sus ideales y sentimiento los fija por la visión espiritual. Es el iniciado que medita en lo que allí se le ofrece y siente nacer dentro de sí la intuición de una nueva expresión estética.

Su primera frase es una cuchillada que hiere de muerte la literatura de la boga romántica cuyos imitadores han tomado de ella lo falso y amanerado. Me gusta—dice—esta naturaleza tan sin expresión, tan bruta y tan rica. Me parece ver en ella a uno de nuestros mayorazgos bestias. «Su graficidad no puede ser más

oportuna y justa frente a los intérpretes de lo ininteligible. Parte en busca de la nacionalidad que los escritores aun desconocen, entregando la visión de la naturaleza como imagen y su experiencia de la vida como emoción.

Vallejos aparece sólo en el panorama literario de Chile del año 1842, pero con un carácter y una predestinación, pues organiza una conciencia artística con los datos de los sentidos y la experiencia del mundo que lo rodea. Su chilenidad es un fenómeno de síntesis psicológica que se hace carne en su expresión y halla su lenguaje en la influencia secreta de la tierra. El escritor y la tierra, refundidos en su obra por la emoción que los identifica, proyecta el contenido de nacionalismo en el ambiente, en forma que no es sólo Copiapó sino todo Chile el que siente la atracción del desierto y la pampa. Ha podido envolver en la luz de su propia atmósfera a una multitud que camina en busca de su conquista intergral, después de asumir la del gobierno y la tierra: la del espíritu.